



Claudia Masin



Colección Mandrágora



L a siesta

Claudia Masin



Naveluz

Benjamín Barajas, *director de la colección*

Edgar Mena, *editor*

Isaac Hernández, diseño de portada

Naveluz

Departamento de Comunicación, Proyectos Editoriales,

Departamento de Impresiones de CCH Naucalpan.

Calzada de Los Remedios 10, Colonia Los Remedios,

Naucalpan, México, CP. 53400

La siesta

Primera edición, noviembre de 2015.

© Claudia Masin

© 2015, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,

C.P. 045010, México, Distrito Federal.

ISBN...

"Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,
sin la autorización escrita de los derechos patrimoniales".

Impreso y hecho en México

L a siesta

Claudia Masin

*Pero si alguno afirma que está solo
frente a su propio perro pues no está papá
y que no puede dar un paso
sin continuar la peste que heredó,
entonces, que cada uno hable en su nombre
cuando salga del cine o del cementerio,
y diga: yo me reconozco en esta fastidiosa historia,
soy hijo de la estafa y de los muertos recurrentes,
me ha tocado la usura y tengo tiempo.*

Joaquín Giannuzzi



Cómo es estar despierta mientras todos duermen en la casa


Yo

salía en el acero de la siesta a recibir la quemazón. Si hasta me parece raro que no haya quedado impresa en la piel como la marca de un yunque, una señal de posesión impuesta sobre mí por el verano. Las raíces de los árboles pujaban por salir del asfalto, levantaban el cemento, mi pueblo le había robado al monte su territorio, y el monte volvía siempre. En el baldío de al lado de la casa crecían las malas hierbas, ponzoñosas, las que la madre se había cansado de advertirme que evitara, porque traían la fiebre de los yaguetés, que revolvió la sangre, la rebelaba, la misma fiebre de los esclavos que en las plantaciones, un día cualquiera, levantan la guadaña hacia sus dueños. Yo andaba igual entre los pastizales, para mí las hierbas eran siempre buenas, agarradas como estaban a los árboles, yo sabía que les quitaban la savia y los secaban, que eran parásitas y no dejaban que creciera la planta útil, la que se

puede saquear, vender y comprar, una moneda de cambio entre personas, porque la civilización sí puede reducir a la servidumbre lo salvaje, hacer que coma de su mano, se amanse, entregue dócilmente su fiereza. Las malas hierbas no eran así, no servían para nada y volvían inútil lo que tocaban, se quedaban ellas con toda la riqueza. A mí me parecía que tenían más derecho. Que lo salvaje se coma lo salvaje, porque quien es manso a la fuerza, necesariamente enferma y muere de todos modos, y mejor morir en la propia ley que en una extraña. Yo caminaba despreocupada por entre la maraña de bichos desconocidos, alumbrados apenas un segundo por el claro que abrían mis pies entre los pastos, y a veces me tendía incluso entre los tallos apretados como alambres, y no había nada que temer. Comía del calor un alimento blando que se deshacía en la boca, una especie de pulpa que sacaba de las plantas, y estaba sola en el mundo. Pensaba, con los pensamientos pequeños de los niños, en cosas que me parecían importantes. Los pensamientos eran espesos como humo, intrincados, e igual que el humo de livianos. Yo quería escapar a una vida en la que pudiera tenderme bajo el sol y estar a salvo, ser hermana de los organismos minúsculos que me rodeaban, no tener otro impulso que el de ir hacia la luz, sin voluntad, quemarme sin resistencia cuando llegara el mes de la sequía, y que mi conciencia fuera fugaz y deslumbrante como el momento en que un fogonazo la consumiera finalmente hasta apagarla. En cambio, daba vueltas tímidas sobre la órbita de mis padres, una criatura domesticada y temerosa,

una bestia mansa, transparente, que respondía a la voz de mando antes incluso de que la voz la llame, por si acaso fuera necesario ser más obediente aún, más obediente, para evitar la represalia.

El verdadero tesoro hubiera sido andar siempre como andaba en esas siestas: ser el animalito salvaje, sin dueño, que retoza sin temer que la mano del amo caiga sobre el lomo caliente por el sol, sucio de pasto y tierra, puro ante el miedo y por eso involuntariamente valiente. Pero la vida de un chico, se sabe, no está en sus manos. Al menos al principio, hasta que aprende. ¿Qué? Una resistencia que no pueda derrumbarse ante ninguna forma de violencia, una terquedad que lo salve de ser secado y extinguido para siempre.

Las verdaderas historias están escritas con esa misma fuerza loca y desmedida de la infancia: para resistir, y antes de ser escritas han pasado por los huesos y por las venas y por cada fibra del organismo de un ser vivo. Esas historias no pueden ser sino lo que son, no son alegorías ni símbolos, no establecen metáforas entre las cosas del mundo, son ellas mismas la metáfora que alguien lee en su propia carne, desprendidas del dolor o del placer o de la furia o del asco como la cáscara de una herida, como la pequeña capa que la protege insuficientemente y que ha de dejarla expuesta para que pueda curarse al sol, al aire libre, cuando sea el tiempo. 



Cómo se cava una trinchera o qué se siente ser un topo en una casa en guerra.

En

los pueblos, cuando no es ninguna hora, es la hora de la siesta. Todo pasa a esa hora. Quien muere a la siesta no muere jamás del todo, quien nace a la siesta no acaba nunca de nacer. Las calles de los pueblos o las ciudades pequeñas están repletas de esos no nacidos del todo o no del todo muertos. Se dice que ellos son la conexión de un mundo con el otro, sea este cual sea y quede donde quede. Son ellos los que pueden hablar con los que no existen, los que pueden traer a la vigilia lo que es sueño, y con solo volcar su aliento sobre las cosas las crean, las destruyen, las curan o las enferman. Aunque también se dice de ellos que están perturbados y que no deben mezclarse con las personas reales, las que nacieron de día o de noche, en tiempos que no tienen esos dobleces por los cuales pueda filtrarse una alegría insana o una tristeza sin remedio. A fin de cuentas en los pueblos las dos cosas son lo mismo: una interrupción, una ruptura indeseable en la línea de


un tiempo cuyos mojonos son los hechos pequeños, los que pasan sin aspavientos, sin casi ser notados y sin que nadie los recuerde.

Las siestas transcurren en un verano perpetuo, en ese tiempo desalmado que llena los pueblos del norte de un pavor y una reverencia únicas, como un dios de ocho cabezas que todo lo ve y todo lo condena. El vaho del calor difumina los límites de las cosas y hace que todo parezca indefinido, con bordes vagos, indeciso entre la realidad y la ficción. La casa misma, las paredes que por la noche se sienten tan macizas, se aligeran como una zarza ondeando bajo un viento pegajoso. Es el frenesí de los insectos, su momento sagrado. Dueños de la tierra hacen, deshacen guaridas, avisperos, se llevan impunes los restos de las plantas resecas y de las aún verdes.

Yo era en toda la casa, a esa hora, la única que quedaba despierta. Salía al jardín o a la calle descalza, y por el resquicio que abría en mi cuerpo el sol, la vida iba entrando en mí, tumultuosa y confusa, y yo no la comprendía, como no comprendía el aura de inminencia, de amenaza, que todos los días —sin falta— resquebrajaba la placidez y el silencio. Fuera de casa, yo me daba cuenta, algo pasaba y no era exactamente una guerra, si bien había una nube combustible, inflamable, a la espera de la chispa que se atreviera a rozarla para iniciar la hoguera, bestial como el disparo de lava de un volcán, dormido desde hace siglos su poder que desborda, de repente exultante, feliz de la descarga que al fin lo libera.

Pero afuera no había una guerra, no eran dos ejércitos. Había un grupo de personas viviendo en el centro de una cueva subterránea, fuera de la cual tropas de hombres sigilosos como jardineros —e igual de crueles que ellos con las alimañas que arruinan sus tierras— estudiaban sus hábitos, sus pocas fortalezas, sus debilidades evidentes, para dejar caer, como al descuido, el veneno que las hiciera morir retorciéndose. Yo sabía que era un topo como ellos, parte de esa plaga que era necesario hacer desaparecer antes de que crezca. En las horas del día más desiertas planeaba una venganza vaga pero tremenda, de la que yo misma desconocía los detalles, pero que un día —y eso sí era seguro— me iba a desagraviar. Cada tanto, en fognazos, venían imágenes de mi vida como topo. Llegaba el olor denso, como a sangre seca, de la tierra que está dentro de la tierra, el zumbido de las abejas sobre mi cabeza, codiciando la dulzura de la fruta que llevaba en mi hocico tosco hacia el fondo de mi cueva, no como alimento sino como señuelo para los seres más pequeños que yo y más indefensos: los gusanos, las lombrices, los organismos que brotan y se alimentan sin deseo ni dirección, tragando oscuridad y desperdicios como yo, que reinaba allí porque todos los lugares, aun los más insignificantes, deben tener un dueño, alguien que sepa hacer mejor lo que los otros hacen, aunque sea una acción sin ningún mérito. No entiendo de qué lugar desconocido me había llegado la conciencia de esa vida previa, de ese tiempo en que mi única tarea era cavar cada día más hondo para ponerme a salvo en una oscuridad tan plena que me

permitiera dormir como un embrión o un ser unicelular en su placenta. No ser molestado, deseaba yo, el topo, si es posible llamar deseo a esa forma primitiva de la huida de la luz hacia la tiniebla, no ser tocado, que la piel se endurezca como el caparazón de los animales que evolucionan hacia lo mineral, que envidian la vida de las piedras, quería que se embrutezca la sensibilidad que distingue una cosa de la otra y todo sea, finalmente, idéntico: el hambre, el alimento, la violencia, la tranquilidad, la vida o la muerte. Estaba seguro de ser perseguido, de ser un flagelo, un ser que no sirve para ningún fin útil, porque a quien conoce lo que no se ve nadie lo quiere, es rechazado hasta por su propio clan: el loco, el desgraciado que escarba y escarba hasta que las pezuñas se le desprenden. Ciertas niñas topas como la que yo era andan por la superficie pero no pertenecen a ella, y lo máspreciado para los de abajo es lo que los de arriba ya no quieren: la basura, los restos, las cosas inservibles. Con eso construimos una casa, una fortaleza, como los fumadores de opio en sus barracas mugrientas que creen estar en un palacio y se despiertan cada tanto de su sueño convencidos de estar teniendo la única clase de vida que vale la pena. ¿Qué quiere decir aislamiento? ¿Quedarse lejos para que las fibras dañadas tengan tiempo de anudarse nuevamente, como un tejido lleno de agujeros que se remienda con una aguja y un hilo pero nunca vuelve a quedar como era? ¿O esconderse para emboscar a quien se acerque y aspirarle el hálito vital que trae consigo hasta que se le desprenda y pase a ser nuestro?

Lo intacto no se aísla: se esconde el animal moribundo o el hambriento, para dejarse consumir o para saltar sobre la presa. O quizás para olvidar que existe el hambre y el dolor, para sacarse solo, sin testigos, la bala del cuero con los dientes. Hay actos que son la forma de fe de los que no creen en nada. Aislarse es tener fe en una forma imposible de estar en el mundo: sin dañar ni ser dañado. Las nenas que fuimos topos enfermos y hambrientos y hemos muerto por negarnos a comer o a ser curados, nos volvimos mujeres que espían detrás de los arbustos y que si ven a alguien cerca, vuelven a la cueva y otra vez se mueren, se quedan escribiendo. 



Cómo se contagia la violencia, y cuál es el antídoto

A


cualquier hora del día, con la misma puntualidad de los granos de un reloj de arena, caían los gritos, las patadas, los portazos. Eran lo que hacía que el tiempo se fraccionara entre las horas de calma y de terror. El terror crecía como el hambre, no, mejor dicho, como una malformación en el vientre del padre, que lo daba a luz con un cuidado y un amor que a mí me maravillaban. Quedaba hipnotizada ante la violencia, un espectáculo de fuegos artificiales que en vez de explotar en el cielo y dibujar figuras filigranadas de luz, estallaba en tu cara, aquí mismo en la tierra, te dejaba clavada en el lugar como una estaca. Estaqueados los hijos por los padres, de la misma manera en que allá lejos, los adultos ataban de pies y manos a los chicos que estaban a su mando para que se enfermaran de humillación y hambre. ¿Una casa puede no parecerse a la patria en la que se levanta? La mía estaba llena de desaparecidos y

fantasmas, de muertos que habían sido traicionados por la mano de quien estaba a cargo de cuidarlos. Ay de lo que hace la violencia con los pequeños brotes, cómo los hace temblar desesperados, y cómo ellos acaban por absorberla, la convierten en savia. A falta de otro alimento, cualquiera puede ser el que te salve. Y qué es salvarse: quedar atado de un hilo siempre a punto de romperse, tan fino que se corta en dos al menor contacto.

Quien una vez es sacudido por el desenfreno de la rabia, no vuelve a pisar la tierra firme, sostenido por hebras finísimas parecidas a telas de araña, se queda en el aire y malo y precario es su resguardo: atacar antes de ser atacado, matar antes de que te maten, apartarse de la rueda de los vivos, temer a la alegría que puede contener —como una fruta podrida por dentro y atractiva por fuera— el gusano que te coma las entrañas. Una y otra vez, los chicos de la casa confiábamos en la calma, nubes preciosas en la noche de verano que traían la frescura de otras casas donde las personas vivían apiñadas pero cercanas las unas a las otras, sin necesidad de apartarse para no recibir el pinchazo del erizo que estaba entre ellos, el pobre erizo, el erizo malvado, que no sabía estar entre la gente sin lastimarla. Yo misma me volví una catarata de aguas sucias, llenas de ramas con bordes puntiagudos, cadáveres de animales, piedras que podían dejarte herido o inconsciente si no estabas alerta, rápidos inesperados que te llevaban a una velocidad impresionante. Entonces me quedaba quieta como si eso pudiera detener algo, como si alguien con la

inmovilidad alguna vez hubiera podido detener una fuerza natural que viene acercándose, parecida a un monte lleno de meandros y sitios peligrosos, bosques infectados de serpientes venenosas enredadas a las lianas, escorpiones de cuerpos azulados metidos en los huecos de los árboles, el aguijón camuflado bajo una saliente del tronco como la espina de una enredadera florecida, arañas grotescas que acechan cerca de sus telarañas invisibles, redes perfectas donde las alas de las mariposas quedan atrapadas, despegadas del cuerpo que cae en la trampa, cepos tapados por una alfombra de hojas secas para que los ciervos se quiebren las patas.

Era el reino del padre, la tierra salvaje en la que te invitaba a adentrarte con voz dulce, y ni una sola vez supe detectar el golpe seco, la picadura, la punzada antes de que llegara, como si la repetición de las escenas de caza no hubiera alcanzado para secar la fuente insensata de la confianza, de la que seguía brotando más y más sin agotarse. Somos capaces de cualquier cosa para no resignar el amparo, la raíz del amparo, aunque una y otra vez quedemos solos, ridículos y desnudos bajo una luz de neón que nos señala cada falla, la pobre consistencia de los músculos, la raída inteligencia, la miseria de nuestras acciones, pensamientos o palabras. Los chicos, entonces, perfeccionábamos la violencia que habíamos aprendido como quien afila la punta de un palo hasta volverlo lanza. Y el amor y el odio crecían juntos hasta desbordar, partes podridas de la fruta derramada en el barro, cocida por el sol, explotándole por

todos los costados la fibra enferma y la que aún está a salvo, fermentándonos dentro esa ternura incendiaria de los que temen al mismo tiempo que confían, y siempre están dispuestos a hundir hasta la empuñadura el arma entre las costillas, por si acaso, ante un movimiento brusco o inesperado por parte de quien porta el peligro: quien se ama. Amar a alguien así es pararse en un risco contra un viento desahogado a tentar a la suerte. Y la suerte, como la maldad, nunca esquiva a los que la buscan, crece como una llaga entre los troncos llenos de hongos, percutidos por las heladas del invierno, inutiliza la madera y se la come hasta reducirla a pequeñas limaduras que se deshacen en la boca de las termitas. Quise matar para que el rencor se limpiara, pero la contaminación que produce la violencia no permite ningún acto que no termine fortaleciéndola, haciendo que el rayo que impactó una vez impacte siempre. ¿Qué hice con el rencor? Lo mantuve como una aguja clavada en la piel por muchos años, inoculándome la rabia y curándola, como si fuera una perra echando espuma por la boca de a ratos, de a ratos lamiéndose las heridas y sanando, por obra de la increíble confianza que aún sobrevivía, atenazada entre el amor y la venganza. 



Cómo no hay padre e hija
sino calor o frío, monte o nieve.
Y qué pasa al descubrirlo.


Era

de una sola manera que el padre se calmaba. Una especie de exorcismo traído desde los lugares fríos. Como si necesitara volverse esquimal para curar el daño que en las siestas de calor alguien le había hecho a su espíritu. Pero antes de que el frío entre en alguien, es necesario que explote —como un hongo radiactivo— el dolor de la quemadura, igual de intenso que el primer día. En alguna hora marcada por quién sabe qué suceso aparentemente ínfimo, él, sin ayuda de chamán alguno, nos iniciaba en el ritual que habría de traer la paz por un momento: hacía vibrar en el aire como una burbuja indeciblemente frágil, la cólera que traía de su propia infancia. Parecía esa cólera, a nuestros ojos, un montoncito quemado hecho de los restos de pequeños objetos cenicientos e irreconocibles, lo que había quedado de las cosas que él alguna vez había atesorado y amado, y por efecto del tiempo o la desilusión

se habían convertido en una nube de polvo y humo que nos llenaba de ideas torvas la cabeza. Y a una señal a la que respondíamos como al gesto inicial de un director de orquesta, todo empezaba. —Me vas a matar. —Moríte. Otra vez la escena escrita desde el principio de los tiempos, tragedia menor que representan padres e hijos una y otra vez, desesperados por cortar la cuerda que los mantiene unidos como perros enlazados entre sí, comiéndose los unos a los otros. Pero no había disparo ni muerte excepto en el limbo que se abría entre la realidad y lo que en ese momento alcanzaba a imaginar una nena. Esa línea que se abría no tenía fin, se desplegaba descontroladamente, como una planta parásita extendiéndose por la superficie de un tronco sano, sin que desde entonces pueda detenerse si no es a través de un veneno que mataría con ella al árbol entero. En la imaginación de una nena ella carga esa muerte, es enorme esa muerte como es enorme ella, causante de los males que aquejan al padre, que los hacen estremecerse de horror a él y a ella. Pequeña, despeinada y descalza, con su honda estira la soga donde se alojará la piedra que va a tumbar a su padre de un solo disparo perfecto. ¿Se acabará el dolor entonces, la agonía que une a los perros que son en ese recorrido que hacen juntos y que no desean, en ese interminable vagar por el monte en busca de los huesos de algún animal muerto? El monte está seco, seco, hace meses que no llueve, la sequía los hace encogerse, son iguales que esos cardos amarillentos que los indios se llevan a la boca en la tierra que les pertenece pero en la

que hoy viven como intrusos. El padre y la hija se rozan y se espantan mutuamente mientras no tienen más remedio que buscar el alimento juntos o morir de inanición, lo que sea que llegue primero.

Pero es increíble para la nena lo que pasa cuando la piedra impacta en el rostro del padre. Cae, él mismo transformado en una nena, pero no en una nena como ella sino una nena esquimal, venida del frío, el dolor roto en mil esquirlas, pedazos de hielo que se derriten al sol tremendo bajo el cual ningún hielo sobrevive. Como si estuviera perdido, perdida, en una tormenta de nieve que no lo deja, la deja ver hacia dónde está la casa que abandonó, el iglú que construyó con sus propias manos para resguardar a su familia. ¿Puede una nena cuidar de su familia? ¿Podemos?, le pregunto, ¿siendo apenas dos nenas? No me responde, cae desde un lugar que no conozco todavía y alguna vez conoceré, me doy cuenta en ese momento de que no estoy a salvo de estar donde está esa nena, aislada de cualquier forma de vida, de calor, y me da pena, una emoción que arde más en el pecho que la rabia, algo que rechazo con el cuerpo, que quisiera vomitar pero no puedo, imposible rechazar lo que ya se asimiló a mi sangre y me corre por las venas con ella. Él no puede verse a sí mismo convertido en alguien pequeño, femenino, que viene desde lejos de su tierra. Siempre ha amado sólo lo igual, lo que no lo enfrentaba al abismo que parece haber entre una existencia y otra cuando son demasiado diferentes. ¿Pero y si pudiera ver que ese abismo es apenas un charco que somos capaces

de cruzar de un salto, sin darnos apenas cuenta, que nada es tan distinto ni está tan lejos? Tendría miedo primero, sí, yo tengo miedo cuando lo veo tan parecido a mí a él, justo a él que se supone que debe ser tan opuesto. Primero tengo miedo y después asombro y alivio y después nada más que pena. No quiero sentir esta pena que es por mí en ella, por ella en mí, por esa nena que él fue y en la que se está convirtiendo de nuevo, la que llora sin vergüenza entre mis brazos que no alcanzan a contenerla, porque sigue, por alguna extraña razón teniendo el mismo cuerpo enorme que no podría abarcar jamás, que mi abrazo no alcanza, no va a alcanzar a calmar. Se calma sola, se calma sola mi padre, mi nena esquimal mientras la nieve cae sobre las dos y nos miramos, una ternura como un pinchazo en el corazón me entra, y duele. 



Cómo se duerme en las noches de viento norte, y qué se sueña.

Yo

había sido echada a esa tierra como es escupido el tabaco por los viejos a un suelo recalentado por días de sol cayéndole a pique: con esa furia desganada de la gente que nació en el norte, porque el calor pareciera que amortigua la violencia. Pareciera.


Entre el terror y la indolencia, entonces, iba a tensarse la tanza de la cual iba a colgar mi infancia, yendo de un lado al otro, porque no hay punto medio donde quedarse entre esos extremos. Pararse en la mitad es caer muerto, fulminado por la inercia y el pavor que —si conviven en el alma humana por demasiado tiempo— la dañan irreparablemente como el hachero al quebracho centenario cuando hunde el primer filo en su madera. No lo derriba, claro, pero el árbol siente, seguro que lo siente, que a partir de ese momento está condenado a ser arrancado, más tarde o más temprano, y que ya no depende de su propia fuerza sino de la que tenga la próxima tormenta. Ya es incurable

el mal, entró y con él el caos que hace enloquecer el orden que a la materia viva tanto le cuesta construir. La madeja de fibras vegetales, savia, raíces tendidas como un cable de acero entre el barro y el aire de repente se debilita y yo creo que cada vez que pasa esto, todo el universo, nosotros mismos vacilamos y nos soltamos también, se desenlaza lo que nos reclamaba abajo y quedamos flotando como ánimas. Pasa continuamente, una y otra vez todos los días, pequeños desprendimientos que ni siquiera percibimos, por eso estamos tan cansados a veces que podríamos dejar de respirar o de movernos, de tanta resistencia a la caída, tanto incorporarnos, flotar en lo informe y volver a enraizarnos hasta la próxima vez. Es que —pensemos— si cada cosa que es tocada nos toca a su vez de la misma manera en que ella lo fue, con la misma intención y el mismo efecto, la única manera de no ser contagiados por cada hecho que se produce a nuestro alrededor es estar muertos, hechos un ovillo en una habitación oscura aunque andemos al sol, aparentemente bien plantados en la tierra.

Si la siesta era el remanso, la noche era el trabajo, el anchísimo río a cruzar con las pocas fuerzas de una nena, y eso es como decir: con un apoyo precario, una especie de balsa hecha de madera reblandecida por la humedad, casi podrida, que apenas si llega a mantenerse a flote. ¿Quién se sostiene así, quién progresa contra la impasible corriente o, peor, contra la furia de los remolinos y las fuerzas opuestas que en la oscuridad se disputan la dirección de los botes endebles, quién protege el destino de los más desvalidos

si cada cual está atado a su propio desvalimiento, quién puede ver a otro cuando no es capaz de verse ni la palma de la propia mano en la oscuridad creciente y el miedo se le va pegando al cuerpo como una película más sensible que la piel? ¿Qué podía hacer yo más que empujar con todo el cuerpo hacia una orilla donde dejarme caer sobre la arena, un leve peso muerto, por qué la niñez dura tantos años cada noche, por qué es imposible salir de ella, por qué todavía estoy dentro? Las pesadillas de los niños caen y caen como las piedras desde el pico de una montaña altísima, crean un aluvión que tarda en tocar tierra firme lo que tardó en conformarse el universo, no tiene nombre el tiempo que tarda en soñar y en despertar un niño de los sueños malignos que lo escarban hasta el hueso. Mi madre era el poste del cual agarrarme en esas noches para que esa malignidad no me arrastrara. Estaba segura de que el terror era traído por ese viento norte intenso, insoportable que soplabla y soplabla dentro de mi casa, atravesándola de lado a lado, abandonada como estaba a lo que fuera que viniera a deshacerla. Pero yo amaba ese viento y me dejaba molestar por él: si algo identifica al viento norte es que incomoda, llena los ojos de arenisca y de polvo, los hace llorar sin intención y sin control, y dicen que a algunas personas hasta las hace enloquecer, salir corriendo, huir, incluso hay quienes han matado a alguien, a cualquiera, y no han vuelto nunca a sus casas, se supone que se quedaron a vivir en el monte como animales fieros a los que nadie se acerca.

A mí me hacía tener sueños terribles ese viento. Yo

los recibía sin resignación, luchaba hasta que no me quedaban más recursos que abrir los ojos a un horror mayor: el recuerdo de las imágenes del sueño, más poderosas aún que el sueño mismo, la conciencia de la soledad en la que entramos cuando no tenemos palabras para nombrar lo que nos sucede, y todo lo que podemos formular es una queja informe, que debe sonar bajo para que no moleste el descanso de los que sí duermen, liberados de los espantos del día que en mí se continuaban, no tenían un término, no lo tienen aún porque hay cosas que no se detienen, circuitos que siguen girando con la inercia de lo que fue empujado por una fuerza descomunal un día y sigue moviéndose, sólo encuentra descanso en los brazos de la madre que no existió nunca: era ella la irreal y lo cierto el sueño. 




Cómo se comunican las mujeres entre sí y qué se dicen.

Las

mujeres de la casa no hablaban demasiado, empequeñecidas como la rama de un árbol que crece hacia una pared, no se esforzaban por abrirse paso sino por quedarse donde estaban, sin llegar nunca al límite que les significaría una presión insoportable, ante la cual no tendrían más remedio que secarse y ponerse lentamente a morir. Yo había aprendido esa estrategia, y también crecía hacia el interior, de tal manera que los que estaban afuera casi no me veían ni escuchaban. Podrá decirse que no es valiente esta manera de enfrentar la adversidad, podrá decirse que así más bien se evita cualquier enfrentamiento, pero yo sé que ante un enemigo de fuste, desproporcionado a nuestras fuerzas, se sobrevive si se es capaz de esconderse o de mutar, camufladas —como nosotras— con tal maestría que se es más de la nada que del mundo repleto de imágenes. Ser invisible requiere una voluntad, y la teníamos. Mi madre y

yo salíamos juntas por la noche, murciélagos ambas, agarrotados los miembros, las alas mustias de tanta inmovilidad pero con vida, y vivir era la única tarea que valía la pena. Me contaba historias, de su vida y de la mía, yo no sé si sacadas de su imaginación, si efectivamente sucedidas. ¿Quién puede saberlo? En el mismo instante en que una historia empieza a ser contada, entran otras voces que la tergiversan: las voces de los muertos, de los que nunca existieron, las voces de la tradición y del azar y las del cuerpo que quiere decir lo que le duele, las de las mujeres como nosotras que apenas pueden hablar, y que cuando no hay moros en la costa, aprovechan y se lanzan a decir cosas y más cosas con una sintaxis loca, atropellada, cuentan como pueden lo que saben, porque nunca hay demasiado tiempo, al final habrá que callar, entrar en la corriente de un río mayor que absorbe los detalles, se los come y los devuelve convertidos en una historia diferente, inofensiva, falsa de toda falsedad. Ella no quería ser de las que callan y me dio más historias de las que una nena puede asimilar sin ser forzada, casi aniquilada por las cosas que no entiende y aún así conoce. Y es que los niños a veces, las niñas casi siempre, somos criadas como minerales o plantas, imitamos a nuestras madres, que suelen andar sigilosas aunque sueñen estridentes, porque lo más importante se lo guardan, y ay de quien pueda entrar en ese espacio inexpugnable, ay de las hijas que hayan sido elegidas para tener acceso a semejante regalo. Puede llevar toda una vida descifrar los jeroglíficos, un trabajo de paciencia, de hilado fino, que

nos hace descender en el lenguaje como si fuera una cueva subterránea en que no somos más que exploradoras mal pertrechadas, continuamente expuestas al frío glacial del fondo, a las corrientes de aire congelado, a la soledad de quien se instala en un lugar que no fue hecho para el ser humano. Así fue como pasaron de mi madre a mí las historias inoculadas en un pasado remoto: como una infección que habría de expandirse hasta contagiarme, pero que en mí tendría su término, porque no habría voz humana que las repitiera, no habría hija de la hija sobre la cual cayera la responsabilidad de seguir contando, quedaría de todo ese mundo perdido la literatura, es decir el último recurso para que la vida de los viejos se hincase en la carne de los que queden después de que ellos se borren del universo como fuegos fatuos. 



Cómo los yuyos, las langostas
y los libros devoran las cosas útiles
y necesarias, y qué efectos produce
su acción irresponsable.

—Los

libros te meten ideas raras en la cabeza, se escuchaba en la casa como una plegaria o —mejor— un mandamiento dispuesto a extirpar lo desviado antes de que lo desviado se convierta en lo recto, en lo que sostiene el armazón de una personalidad y ya no es tan fácil desmontarlo como a una escenografía vieja.


Yo no podía estar más de acuerdo: eso buscaba en los libros, no la felicidad sino el choque eléctrico que sacude al cuerpo y lo revive, brutal como el que se le da a los que han entrado en la muerte por un instante y hay que traerlos de vuelta.

Cuando se empieza a hablar se pierde lo que tenemos de piedra. Cuando comenzamos a escribir, se recupera. Y en el medio, durante y después, leemos. Una piedra es la más permeable de las materias, yo lo sé porque las vi, a lo largo del tiempo, convertirse en otra cosa, cambiar su-

tilmente tragándose la lluvia o el sol en épocas donde ni agua para los animales queda, es decir, llenándose de lo que las rodea, sumando los elementos y las materias a sí mismas de tal manera que no es posible diferenciar dentro de ellas al limo de los efectos del viento, a la arena, la tierra, el barro, las partículas minerales de los insectos que han quedado inmóviles, atrapados en el interior del bloque en que se convierten, hasta que la erosión las desarticula nuevamente en diminutas piezas que ya no son la piedra pero van a volver a serlo. Se las confunde con un cuerpo macizo, cerrado y completo, pero ese cuerpo no existe sin las otras cosas que no son piedra.

Los días que yo conocí en la infancia han sido pesados y espesos como aceite, y sin embargo han tenido la fluidez de un aire ligero, delgado, que es posible empujar con el soplo de la boca de una nena. Y yo era quien soplabo para que los días corran, ¿era yo o eran los libros? ¿de quién era el aliento? Sólo sé que los libros me permitían apoyar los pies en la tierra del mismo modo que una mariposa fija sus patas al charco de jugo de un durazno; que sin ellos no habría habido dónde quedar empantanada si no era en un presente que era necesario atravesar para que el alfiler no se clavara en el corazón hasta paralizarlo.

Los libros leídos en la siesta eran devoradores, como una lluvia de cometas: imposible combatir con razonamientos la fe que ponemos en lo que estamos viendo cuando sucede algo extraordinario. Lo extraordinario nunca sirve para nada, es sólo eso, lo raro, lo que no pasa casi nunca

y cuando pasa merece ser mirado como un espectáculo, pero no tiene en la vida más que el papel de alumbrar un momento determinado de un día cualquiera así recordamos que lo usual no es eso, que no debe esperarse que vuelva ni mucho menos salir a buscarlo. Es decir, es lo que ha sido puesto ahí para que quede claro hasta dónde llegar, como las boyas en el río traicionero, marcando el límite al nadador para que no se aleje. Pero los libros injertaban, en la tierra bien dispuesta que era yo, un gajo desmadrado, de crecimiento inconmensurable. No era más que un yuyo, no iba a dar nada bueno al jardín, iba a asfixiar a otras plantas capaces de dar frutos o de volverse árboles. Pero una vez que prendía, como la mayoría de los yuyos, no había quien pudiera matarlo. Ni el fuego que los paisanos encienden en las antorchas rojas y negras rociadas de alcohol en los campos que han sido contaminados, ni una plaga de langostas siquiera, que al fin y al cabo son iguales a esas ideas raras que contagian los libros: se comen lo que sirve y a los yuyos los respetan como dioses paganos, para que sigan reproduciéndose como ellas y arruinen toda cosecha con el virus de la vida incontrolable que propagan y que es —ella sí— la verdadera peste, cuyo mayor peligro es que una vez desatada ya no se detiene. 




Cómo se produjo el silencio y qué cosas guardaba.

Yo

hablaba y hablaba todo el tiempo. Está sobreentendido, es un hecho, que los chicos tienen permisos que deben abandonar cuando es el tiempo: uno de ellos es el de ese lenguaje libre, desmañado, con el que no hay nada que comunicar, más bien se trata de un rumor como el de los animales mientras duermen, o el de las cosas inanimadas; la hoja de un arbusto que golpea contra un muro, la tierra al agrietarse cuando le falta el agua. A eso se le parece lo que dicen los chicos, no porque no tenga un sentido, sino porque no tiene control, no está regulado aún y anda soltando la energía de lo que existe, la electricidad con que cada solitaria cosa imanta a las demás. Un día renuncié al habla pequeña y confusa que era la mía y me convertí en una sombra que cruzaba inadvertida por la casa. El silencio era áspero, incómodo, y todos querían sacarme de él como quien golpea el caparazón de una tortuga con un

palo para hacerla asomarse. Pero ese silencio resistía, era el modo en que la infancia había quedado minada en mí, una bomba enterrada en medio de un terreno llano, imposible de localizar si era buscada, pero siempre dispuesta a estallar. Yo no había muerto, estaba hibernando en un hermoso territorio blanco, el Ártico imposible y desolado donde van a parar los que se escapan. Cuando llegó el momento de hablar como debía, sin la lengua atropellada y peligrosa de los niños, supe que no podía hacerlo, o no quería. El que se queda callado, el que se obstina en un silencio impenetrable es raro, es tan peligroso como un niño, pero no por lo que dice sino por lo que guarda, y entonces primero se lo intenta sumar —y si no es posible se lo aparta— del curso de la vida cotidiana, donde el ruido está al servicio de una supervivencia embrutecida, llagada, tan dura en su corteza que ni las palabras más filosas pueden penetrarla. Yo no entendía las fórmulas, el lenguaje vacío que sirve para hacer saber que se está vivo y en comunicación con los demás, el lenguaje usado como una pala, tosco y necesario. Las palabras para mí eran piedras en bruto, talladas por la locura de los elementos, por su desobediencia, y por eso las amaba. Podían tomar las formas más extrañas, combinarse con el agua o con el viento o con los restos de animales, de insectos o de plantas, eran hermosas algunas y otras indeseables, había las que brillaban y se encendían al ser tocadas por la luz y había las oscuras y compactas, que andaban por los huecos más sórdidos y en el barro. Los chicos acumulan palabras con

esa pasión con la que juntan cosas que no sirven para nada. Después se nos dice que hay que tirarlas todas, porque lo que debemos decir ya está escrito, como las líneas de la palma de la mano. Las mujeres de la familia, sobre todo, sufrían el lenguaje, les atrapaba las piernas como un cepo. Nadie puede ir demasiado lejos con semejante peso: el miedo a desgarrarse, a quedar inválidas si se da un paso de más. Yo las miraba y todas tenían un halo de resignación como las santas, pero la rebeldía las consumía, las enfermaba antes de tiempo, eran ancianas que inclinaban la cabeza, las habían convencido de que si miraban de frente podían quedar encandiladas, locas, y fueron muchas las que habían caído por esa pendiente —cada una conocía la historia de alguna que había desobedecido y sabía el precio. Yo, de puro pavor, no dejaba que nadie supiera que en mí se estaba cultivando la revuelta, una infección lenta que iba a tomar todos los tejidos, y la primera manifestación del mal era el silencio. —Sé una mujer, me decían, y era una amenaza, sé un cadáver que recibe los golpes con incomparable calma porque nada les duele a los muertos. Entonces, qué se puede hacer sino quedarse callada. No quería perder ni la infancia ni su lenguaje, rechazaba la prepotencia del ventrílocuo, hablado él mismo por fuerzas que no ve ni comprende. Igual ya sabía que todo lo que parece estar muerto o callado un día despierta, cargado con la rabia de tantos años de cautiverio y como los tornados o los terremotos imparables, ese día —indefectiblemente— habla, y a lo que había en pie lo deja en ruinas, a merced del viento

que atraviesa las paredes derrumbadas, incapaces ahora
de encerrar a nadie. 




Cómo pueden los niños formar una familia.

La

madre y yo andábamos cautelosas por la espesura doméstica, cada una por su lado, separadas, y nuestros pensamientos confluían en una burbuja extremadamente frágil. Al sonido de la voz de mando explotaban, y la tarea —repetida, cotidiana— era volver a crearlos con lo que quedara intacto, como hacíamos con el orden de la casa cuando llegaba la creciente del río, y había que cortar la electricidad, subir los muebles a los lugares altos, cargar las cosas como hijos en los brazos para salvarlas, con las piernas hundidas hasta las rodillas en el agua. Igual, en cada inundación se perdía algo, objetos preciosos, libros y fotos, lo irrecuperable se lo llevaba el río y nos dejaba apenas lo necesario para vivir mientras esperábamos el próximo desastre. ¿Qué perdíamos nosotras cuando había que detener los pensamientos, en esos ratos muertos en que nos mirábamos como refugiadas dentro de una barraca demasiado estrecha para las dos?

Hay algo que llamaría inocencia, la tranquilidad de esperar un día no muy diferente al que pasó, que a cada estación la suceda la siguiente, que cuando la tormenta cese no recommence ahí mismo y con más fuerza, que los planetas giren en sus órbitas allá lejos y la casa no vacile como un barco. Que no haya que salir huyendo en medio de la noche para escapar del fuego que hubo que encender en el patio porque la plaga llegó al jardín y se está comiendo de raíz lo que plantaste en la mañana, cuando aún andabas atareada y feliz por la simple gracia del sol sobre la cara. La inocencia sin embargo es testaruda, enfrenta la adversidad aunque la adversidad, como se sabe, siempre tenga la razón de su lado y todo niegue y desmienta la actitud del que insiste en creer en la salud de lo evidentemente enfermo. Quizás porque el candor es una forma de locura y mi familia se desquiciaba fácilmente, ni la madre ni yo crecimos cónicas, las dos aliadas en esa infancia que era una brasa encendida entre las manos, a la que tendríamos —claro— que haber soltado a tiempo, en lugar de sufrir las quemaduras. Pero era una casa, la mía, dominada por niños: si la madre caía dormida, yo misma me contaba la historia que ella había dejado inconclusa, porque así como cada miembro de la familia era madre e hijo de todos los demás, también lo era cada uno de sí mismo. No había adultos cerca, cada cual tenía que escarbar dentro del pecho para que algo parecido emergiera, y terminara consumiendo, con su aliento caliente, el peligro que siempre nos rondaba, como cachorros abandonados a su suerte que aprenden —una


vez que el tiempo pasa y nadie viene— que tendrán que sobrevivir como puedan. Y sin embargo, hasta en esos animales casi muertos (cuya vida vale menos que la de una estrella en la apatía del cielo) sobrevive, fustigada y maltrecha, la esperanza. Es delgada como la cuerda que tendía nuestra madre de una pared a otra de la terraza para poner la ropa a secar al sol. Continúa colgada —tensa por el miedo al vacío que quedaría si la cuerda o la madre no estuvieran— sobre las cabezas de los niños que seguimos siendo. 



Cómo es que se forma una familia y qué sucede entonces.

Qué

nos hace formar una familia, crear una pequeña comunidad donde se combinan todos los dramas de la humanidad en una escala reducida, ínfima, que no le importa a nadie salvo a los que están dentro de ella. En mi casa confluía el miedo al mundo con la conciencia de no tener un techo suficientemente sólido para evitar que el mundo se filtrara por las rajaduras. Lo que existía afuera caía como el agua, y la gotera era imposible de reparar, era una tarea en la que se nos iban las fuerzas, la alegría, tapar los agujeros que nuestra propia torpeza había dejado abiertos. Los hijos van agrandando pacientemente ese agujero, son insectos de la madera que desde adentro la carcomen y no están nunca satisfechos con su obra, hay que roer más, hay que continuar esa rueda que es la infelicidad, que no termina en la generación en la que empieza sino que se extiende, se propaga a la siguiente, como si fuera un grito lanzado al aire hace mucho tiempo que todavía reverbera. Una familia

puede ser una cueva donde nos apiñamos —sin apenas espacio para respirar— los que hemos recibido desde el momento del nacimiento los mazazos que alguien hizo caer sobre otro en el pasado. Es que no es posible lastimar a uno solo, cada cual lleva su tribu consigo, el cuerpo mismo lleva su casa encima como un caracol, y el dolor que soportamos se descarga como una patada en cada persona que tocamos. Así, maltrechos, queremos darnos el amor que conocimos, y nos lo damos. Y entonces sí ya no queda nadie alrededor que no termine lastimado, porque hay una parte de ese amor que está enferma, deshilachada como un trapo viejo: no sirve más que para hacer un torniquete que detenga la hemorragia, pero no alcanza para devolverle la confianza al que sangra. La parte sana —porque aunque sea minúscula, siempre hay una parte que se salva— nos empuja a reunirnos, ya no para causarnos más daño, sino para contarnos las historias que nos contábamos las noches de verano en las que se cortaba la luz y salíamos al jardín, padres e hijos a tirarnos en el pasto bajo la imparcialidad de las estrellas, que nos cuidaban a todos por igual y nos hacían dormir serenamente, como si los rayos implacables que teníamos dentro se convirtieran también, por una noche, en diminutos hilos de luz en el cielo. Eran tan hermosas esas historias que compartíamos que aun hoy —contra toda evidencia— sigo resistiéndome a creer que no fueran ciertas. 



Índice

- 9 Cómo es estar despierta mientras todos duermen en la casa.
- 13 Cómo se cava una trinchera o qué se siente ser un topo en una casa en guerra.
- 19 Cómo se contagia la violencia, y cuál es el antídoto
- 23 Cómo no hay padre e hija sino calor o frío, monte o nieve. Y qué pasa al descubrirlo.
- 27 Cómo se duerme en las noches de viento norte, y qué se sueña.

a L siesta

de Claudia Masin, editado por el CCH Naucalpan, se terminó de imprimir el dos de noviembre, día de Todos los Santos, de 2015 en los talleres de CCH Naucalpan, la edición consta de 200 ejemplares numerados. Se imprimió en papel cultural de 90 grs. para interiores y cartulina Eggshell de 260 para los forros, en su composición utilizaron las tipografías Bodoni para interiores y Caecilia Ltd st en la portada; la impresión es digital. El cuidado de la edición estuvo a cargo del editor y de la autora.

DIRECTORIO

UNAM

Dr. José Narro Robles

Rector

Dr. Eduardo Bárzana García

Secretario General

Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez

Secretario Administrativo

Dr. Francisco José Trigo Tavera

Secretario de Desarrollo Institucional

Enrique Balp Díaz

Secretario de Servicios a la Comunidad

Dr. Héctor Hernández Bringas

Coordinador de Planeación,

Presupuestación y Evaluación

Renato Dávalos López

Director General de Comunicación Social

CCH

Dr. Jesús Salinas Herrera

Director General

CCH NAUCALPAN

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Director

Mtro. Keshava Quintanar Cano

Secretario General

Biol. Rosa María García Estrada

Secretaria Académica

Lic. Raúl Rafael Rodríguez Toledo

Secretario Administrativo

Mtra. Olivia Barrera Gutiérrez

Secretaria Docente

Biol. Guadalupe Mendiola Ruiz

Secretaria de Servicios Estudiantiles

Ing. Víctor Manuel Fabian Farías

Secretario Técnico del Siladín

Mtro. Ciro Plata Monroy

Secretario de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje

C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez

Secretaria de Administración Escolar

Lic. Rebeca Rosado Rostro

Unidad de Planeación

Mtra. Reyna Rodríguez Roque

Jefa del Depto. de Comunicación

Lic. María Eugenia Ortiz Luna

Jefa de Depto. de Impresiones